

Jesús Ferrero

Las trece rosas

 Siruela

Nuevos Tiempos

Índice

Preludio con saxofón	11
I La ronda nocturna	17
Avelina	19
Joaquina	35
Pilar	43
Blanca	53
Ana	59
Julia	71
Virtudes	75
II La casa del sol naciente	81
Elena	83
Victoria	89
Dionisia	93
Luisa	99
Carmen	107
Martina	115
El Ruso	123
III El cofre de las alucinaciones	129
Nero	131
Antígona	139
Amaranta	145
Soledad	149

Prima <i>Pepa</i>	155
Don Valeriano	169
Muma	181
IV La noche de las dos lunas	187
María Anselma	189
María	199
El Pálido	203
Juan y Quique	209
Extraña flor	215
Benjamín	221
En una estación del metro	225
Agradecimientos	231

*A trece caras
surgidas de la multitud*

Preludio con saxofón

Se hallaba ante su ventana preferida, desde la que podía ver la gran película del mundo.

Ante él se extendía un panorama de trigales verdes y casas decrepitas, bajo una lluvia leve que coincidía con el sol. Hacía tiempo que no observaba fenómenos atmosféricos tan sorprendentes y se preguntó si no serían efectos especiales. Luego vio dos camiones cargados de hombres que pasaban por detrás de los eucaliptos y enfilaban la carretera. Exactamente igual que todos los días. Si aquello era una película, y para Damián no podía ser otra cosa, ¿qué sentido tenía repetir todos los días la misma escena? Cabía pensar que tanta insistencia iba a encarecer mucho el rodaje. Ni siquiera en Hollywood repetían tanto las escenas, y eso que allí eran muy perfeccionistas.

Tres cosas pensaba Damián cuando intentaba explicarse por qué insistían tanto en lo mismo: o bien el director era un inepto, o bien lo eran los actores, o bien todos a la vez. De forma que la escena nunca acababa de quedar bien y había que volver a repetirla.

Sin duda el cine ya no era como en las películas de antes de la guerra, pensaba Damián. Ahora el cine se proyectaba sobre una inmensa pantalla tan grande como la tierra y el cielo, y casi todas las películas eran absurdas. Ya no se hacía cine con un poco de cabeza. ¿Cuánto tiempo llevaba viendo aquel plano panorámico de Las Ventas? ¿No era para volverse loco?

–¡Damián! –gritó una mujer de aspecto fiero y bata gris.

Damián se dio la vuelta y supo que ella iba a añadir:

–¿No te he dicho que no te acerques a esa ventana?

De haber sido aquel lugar el paraíso, Damián pensaba que la ventana en cuestión, que tenía forma triangular y que se hallaba aislada de las demás, habría representado el árbol del bien y del mal. Estaba prohibido acercarse a ella, pero además se hallaba lo suficientemente alta como para que ningún enfermo, salvo él, consiguiera mirar por encima del alféizar.

Desde allí podía ver también un trozo del patio de la cárcel de mujeres, siempre abarrotado de reclusas. Observar aquel remolino le daba placer y vértigo: era la parte más extraña de la película y también la más emocionante, y daba la impresión de que el director había puesto mucho empeño en ese ángulo de la escena, en el que exigía una constante y multitudinaria presencia femenina, y donde había perdidas, entre la masa, algunas bellezas que se le antojaban memorables, de las que el director no estaba sacando partido, y que parecían centellas deslizándose entre árboles andantes como los que veía Macbeth.

La enfermera acababa de irse a otra planta y Damián volvió a su ventana. Iba siguiendo con la mirada los pasos de una de las reclusas cuando empezaron a llegar hasta él los versos de una canción que cantaba una niña del pabellón y que hablaba de la verde oliva y de un moro que había cautivado a mil cautivas. Las cautivas de la canción eran tres, pero, por razones nada extrañas, la niña decía mil.

Damián se acababa de apartar de la ventana cuando la niña repitió:

*–A la verde, verde,/ a la verde oliva,/ donde cautivaron/
a las mil cautivas./ El pícaro moro/ que las cautivó/ abrió
una mazmorra,/ abrió una mazmorra,/ abrió una mazmo-
rra,/ abrió una mazmorra,/ abrió una mazmorra...*

–¡Y allí las metió! –rugió Damián.

La niña se calló, pero por poco tiempo.

—¿Y las metió a las mil en la misma mazmorra? —acabó preguntando.

Damián volvió a mirar hacia el patio.

—¡Sí! —exclamó lleno de convicción.

De noche el manicomio se llena de rumores sordos que se mezclan con los de la cárcel. Desaparece el tiempo y se borra el espacio: todo es oscuridad en presente. Es entonces cuando Damián siente el espíritu de la noche, acariciando sus cabellos y su piel, atravesando su cráneo y llegando a su cerebro.

Damián cree que el espíritu de la noche es más libre que el viento y mucho más libre que las tormentas, que nunca escapan a la ley de las causas y los efectos. También cree que es más libre que la muerte, que la vida y que el deseo, y más libre que la conciencia y la inconsciencia. Y aunque él lo llame el espíritu de la noche, Damián cree que es un espíritu sin nombre porque no quiere tenerlo y porque no lo necesita. También cree que el espíritu está ahí siempre, cuando llega la noche, discurriendo entre los cuerpos y las almas a velocidades de pesadilla, y recorriendo en un instante dimensiones inmensas con su casi imperceptible ulular.

En su cuerpo serpenteante y agilísimo, que se va desplazando por las extensiones de la oscuridad como una corriente marina, van quedando las frases de la noche, según piensa Damián. Frases dichas en trenes, en andenes, en coches, en caminos y carreteras, en casas, en escuelas, en cines y teatros, en casas de prostitución y casas de oración y casas de beneficencia y casas de humillación. Como serpentinatas invisibles, las frases se van prendiendo al espíritu de la noche, y el espíritu las arroja a dimensiones cada vez más hondas donde son olvidadas para surgir más tarde, iguales a sí mismas, en otro lugar del espacio y el tiempo. Y algunas noches, el espíritu se complace en emitir ruidos que parecen de saxofón, mientras vomita palabras cada vez más delirantes o cada vez más razonables:

-Rezad, porque como dice San Juan, llegaré a vosotros como un ladrón, y no sabréis ni el día...

-...ni la hora.

-En medio de la noche o del día llegaré, en medio del sueño, o cuando practiquéis fornicación.

-¿Y María?

-La acaban de detener.

-Tened fe, que la fe mueve montañas.

-Curiosas las cartas. Primero la Muerte, luego el Loco, luego la Rueda de la Fortuna, luego la Luna.

-¿Qué significan?

-Significan que la noche nos envuelve, significan que nos llevan aguas cada vez más turbulentas. Significan que nos vencen las fuerzas de la noche.

-¡Qué aire tan frío!

-Es el aire de la noche, es el aire de la muerte. Y es un aire que lleva fiebre, y es un aire que lleva sangre...

-¿Y ese ruido?

-Ha sido un tiro.

-¡Dios mío! ¿Quién ha disparado?

-El niño.